

Moon Jazz Club



JUSTI LÓPEZ VERRERO
MAYO 1990

Estaba agotada, me había pasado todo el día trabajando y cuando recibí la llamada de Carlos invitándome al Club acepté encantada. Aunque Carlos era un raro espécimen que poco o nada tenía que ver conmigo y adaptarme a su compañía me suponía un enorme desgaste de energía tanto física como psíquica, teníamos en común nuestra pasión por el jazz.

Miré detenidamente el cuadro aún sin terminar, todavía en bata, la piel aún fría por la ducha que acababa de darme y el pelo chorreando envuelto en una toalla... no me gustaba... tendría que empezar de nuevo. Era difícil conseguir lo que uno quería, sobre todo cuando se desconocía todo y se iban dando palos de ciego. Pero yo lo prefería así, cada hallazgo suponía de esta forma un verdadero placer.

"...Ocho...nueve..., y diez" -terminé las flexiones, me desenrollé la toalla y me cepillé el pelo lenta y cuidadosamente. Estaba sudando. ¿Por qué hacía gimnasia después de ducharme en vez de antes? porque yo siempre lo hacía todo al revés según los criterios convencionales- me contesté comprensiva-

Cuando salí a la calle, la noche era cálida y había un montón de estrellas. La luna grande y cremosa iluminaba las calles que no tenían alumbrado y le daba a las sombras una apariencia inquietante.

El Moon Jazz Club estaba a media hora de camino de casa. Esa noche creo que tocaba un cuarteto interesante aunque no muy conocido. Carlos que era un entendido en jazz, como en casi todo, me había ensalzado calurosamente al saxo del cuarteto. Di dos saltitos en el aire para celebrar que estaba contenta y que sentía un tintineo de campanillas por dentro.

El Moon Jazz Club se había abierto hacía sólo un año. El día de la inauguración fue glorioso para todos los amantes del jazz del barrio. Fue Carlos quien me avisó de que se abría un club de jazz tan cerca. Una de las socias, Mirta, era amiga de Carlos desde sus tiempos de instituto, y cada vez que se encontraban se contaban una y otra vez pequeñas anécdotas del pasado, y se preguntaban por toda la lista de nombres de la clase, secreteaban y se reían como dos tontuelos

de bromas que sólo ellos entendían.

Mirta era muy fea y muy atractiva. A Mirta le volvía loca el jazz que escuchaba con los ojos cerrados, embelesada. Carlos sin embargo movía la cabeza, o los pies o a veces las manos, siguiendo el ritmo de la música, y después de algún solo especialmente magistral, aullaba de placer como un lobo. En mí era toda mi masa visceral la que seguía el compás. Sentía como mi estómago, mis intestinos, el bazo y el corazón se desplazaban en mi interior, como mis pulmones parecían a veces querer reventar de puro plenos o desvanecerse de puro encogidos.

Abrí la puerta del Club con una pizca de taquicardia. Mi timidez me saludaba siempre que tenía que abrir una puerta tras la cual sabía que había público. Me puse convenientemente roja, y según me fui acercando a la mesa donde divisé a Carlos, el rubor se fue apaciguando y tomé conciencia de que me recibía "A Nigt in Tunisia" con Charlie Parker como saxo alto, Dizzy Gillespie a la trompeta, Bud Powell al piano, Charlie Mingus en el contrabajo y Max Roach batería. ¡Excelente!

Un negro retinto, que parecía muy viejo y muy joven, con un sombrero a lo Humphrey subió al escenario e improvisó sobre el piano un blues al que le acompañó cantando y tarareando su rubia amiga.

Cuando llegué a la mesa me di cuenta de que me había equivocado. Ese chico no era Carlos. La culpa estaba repartida entre una de mis lentillas que había tenido que dejar en casa porque me molestaba un ojo de modo que sólo veía a medias, la atmósfera de densa humareda que convertía el local en un cubículo cuasi sólido donde el aire viciado podía cortarse con cuchillo, y la rotunda oscuridad apenas rota por algunos focos amarillos, rojos y azules secretísimos e indirectos. Le pedí perdón después de haberle rozado levemente con mis mejillas ambos lados de su rostro, y me fui a la barra donde Mirta me puso delante una cerveza.

Miré la cerveza con horror. No quería beber nada de alcohol esa noche y menos cerveza, pero Mirta no me había dado la más leve oportunidad de pedir algo más adecuado a mi estado emocional, hubiera tragado con gusto varios litros de té. Cuando los dos chicos que estaban a mi derecha se distrajerón repartí equitativamente mi cerveza entre sus copas, cogí un pedacito de limón con el que me froté minuciosamente las manos, atrapé un puñado de panchitos y me desplazé a un rincón con mi copa vacía, donde una mesa solitaria me invitaba a sentarme. De fondo sonaba "Round Midnight" con Miles Davis. Miré mi reloj, las doce.

Un negro retinto, que parecía muy viejo y muy joven, con un sombrero a lo Humphrey subió al escenario e improvisó sobre el piano un blues al que el acompañó cantando y tarareando su rubia amiga. Los dos eran exageradamente altos y delgados, y cuando terminaron cuchichearon indulgentes sobre los dos errores que cometió la cantante.

Instalada en el rincón estuve observando a los parroquianos de la noche. Mi cabeza ciclópea giraba como un periscopio. A mi derecha había un grupo de adolescentes que hablaban a grito pelado. Uno de ellos tenía una de esas risas grotescas que hacía reír a los demás. Era un risa fuerte de gallina clueca que lanzaba sin ningún pudor mientras sus amigos le alentaban festejándosela con carcajadas y sus amigas le mostraban su complacencia con risitas histéricas.

Más allá había dos chicas de mediana edad charlando muy interesadas. Seis botellas de

cerveza sobre la mesa, dos ceniceros rebosantes de colillas y varios platos con restos de patatas y cacahuets ilustraban el tiempo que llevaban en el local contándose sus cosas. Parecían inmunes a la música, a los ruidos, a las demás personas. La música atacaba ahora los primeros compases de "Georgia on my mind" en la versión de Jay McShann. Mis vísceras se encogieron dulcemente.

En otra mesa había una pareja de enamorados. Apenas hablaban, sólo se acariciaban las manos y se besaban una y otra vez sin cansarse en la cara, en la boca, en las manos, en el pelo, se miraban a los ojos, se mordían en el cuello, se decían alguna cosita corta y susurrada...

Mirta estaba a mi lado "¿Quieres otra cerveza?" -me preguntó simpática.

"¿A qué hora toca el grupo de jazz?" -la contesté mirando intencionadamente hacia el escenario. Mirta me miró atónita y me dijo que esa noche no estaba programada ninguna actuación. Miré mi reloj, llevaba esperando tres cuartos de hora y Carlos todavía no había aparecido. Un golpe brutal de adrenalina me inundó interiormente y en plena ebullición, me levanté al lavabo. Observé mi rostro en el espejo, tenía el ceño fruncido, las mejillas rojas, la boca amarga. Me sonreí esplendorosamente, me guiñé un ojo, jugué un rato con mi melena echándomela a un lado y otro de la cabeza y me saqué la lengua. Desde el lavabo podía oír el final de "Country" de Keith Jarrett.

Cuando volví a mi mesa, alguien la había ya ocupado, y antes de que empezaran a aturdirme con sus disculpas, cogí mi bolso que había quedado sobre la mesa, agité una mano en dirección a Mirta como señal de despedida, y salí toda digna, con la cabeza muy alta, por la puerta que hubiera querido que diese un buen portazo, pero no era de esas... Me despedía la versión de George Benson "Take five".

Respiré profundamente el aire tibio de la noche. Miré la luna, jazz lunar, jazz lunar...

La tibieza de la noche, y la placidez de la luna me relajaron completamente. Esta vez sonreí dichosa y en paz.

Cuando llegue a casa, me voy a dar una sesión de John Coltrane.





